



LA GÁRGOLA SOLITARIA

Iván Alviña Olavarría*

Cuatro largos años había servido en reparticiones de tierra.

Así, cuando recibí mi nuevo destino; Ingeniero de Cargo del CL "Latorre", sentí gran satisfacción. Pero como sería mi último año embarcado, debía aprovecharlo.

Difícil tarea, porque los cargos son cargas y porque las condiciones operativas del crucero, no eran las mejores.

En el ambiente ingenieril, mucho se había hablado de los innumerables problemas que este buque presentaba.

Recibí entonces, muchos consejos y buenos deseos, pero había que agradecer la vida presente, porque en los trabajos y dolores se templan las almas y porque no hay destino por humilde que sea, y este no era el caso, donde el buen ánimo no logre fundar escuela y ejemplo para las generaciones más jóvenes. Era un real desafío.

El origen de este navío era sueco, su antiguo nombre "Göta Lejon", de un diseño muy bien concebido. Sus calderas tenían una gran capacidad generadora de vapor y sus turbinas reaccionaban inmediatamente al recibir el vapor sobrecalentado producido en ellas, por lo que su aceleración era inmediata y en pocos minutos se estaba navegando a un andar de 15 a 20 nudos sostenidos.

En una prueba de máquinas llegamos a establecer 34 nudos, los que hubiésemos

podido superar, pero por prudencia y cuidado del material, optamos no sobrepasar.

Nunca llegué a desarrollar ese andar en ningún buque de la Marina de Chile.

Su línea estilizada, cortando los filetes de agua, semejaba una veloz tonina surcando la superficie del mar.

Para un observador experimentado, era de temer; sus torres dobles y triple la de proa, de acero sueco, firmadas por el fabricante, portaban cañones de seis pulgadas los que tenían doble propósito; tanto de fuego de superficie como antiaéreo y de un alcance superior a cualquier buque de la Escuadra, hacían de esta configuración un arma mortífera y guerrera, difícil de igualar.

Su escasa confiabilidad consistía en su sistema de distribución eléctrico de corriente continua que lo limitaba en la flexibilidad requerida de poder, para alimentar especialmente a la artillería.

Diseñado para operar en el Mar Báltico, cuyas aguas no tienen salinidad, son prácticamente dulce, y el extenso período de tiempo que se mantuvo inactivo en Karlskrona, tenía como resultado un excesivo aumento en la salinidad del agua de reserva, la que se contaminaba a través de los enfriamientos debilitados por el óxido y agravado ahora por la salobre agua del Océano Pacífico.

Su operación en el Báltico era de cortas distancias por lo que existía una

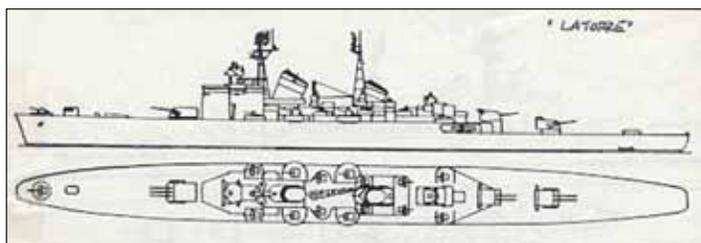
* Capitán de Navío ING. NV. MC.

notoria falta de estanques de combustible, agua dulce y de reserva, para usarlo en nuestro litoral.

Para mejorar su autonomía, fue necesario adaptar en el país, estanques void. Pero el resultado tuvo muy poca efectividad, ya que debido al avance sistemático del óxido que lo invadía todo, cañerías y circuitos presentaban permanentes filtraciones y muchos de éstos que atravesaban aquellos estanques acondicionados, los contaminaban, imposibilitándolos para su uso.

Las calderas operaron siempre con salinidades no permitidas por las normas, así los álabes de sus poderosas turbinas De Laval, mostraban erosiones serias. Es decir, su vida útil era terminal.

La gente le había bautizado con el nombre de "El León con Gota", por su traducción de "El León de Göta". Otros le llamaban "El Bello Antonio".



"Latorre", ex "Gota Lejón".

Sin embargo, aquel año 1980, navegó como si fuera su año inaugural.

Se podría asimilar a la sensación que experimentan los moribundos, que les hace concebir la ilusión de que están en vías de curación, cuando no es más que el comienzo de la muerte, ya que es un efecto de la insensibilidad que poco a poco se va apoderando de todo el organismo.

Este era el caso, el óxido y la sal lo estaban carcomiendo.

No obstante, nuestro personal no cejaba en el cuidado de su mantención, la situación con nuestros vecinos no estaba consolidada, aún era de cuidado.

Era menester entonces, tenerlo a buen recaudo.

- *Escuadrilla al Norte.*

Luego del período de vacaciones y preparación para dar cumplimiento al plan anual de actividades, emprendimos nuestra comisión al norte.

Como era habitual el zarpe fue un día martes, alrededor del mediodía, dando inicio a los ejercicios antisubmarinos, de salida de puerto.

Una vez terminado el ejercicio; el pito marineró tocó estridente, rancho general y las llamadas respectivas para las guardias de mar. La alegría se señoreaba en el ambiente; al observar los rostros de oficiales y personal, se barruntaba una buena camaradería para el resto del año. Pese al escabroso y sacrificado esfuerzo que demandó el período de reparaciones, se presentaba la natural satisfacción que conlleva el desarrollo cabal del trabajo bien realizado.

Al atardecer, subí a cubierta.

El perezoso oleaje del norte nos iba acompañando en nuestro periplo, moviéndonos cadenciosamente en nuestro navegar. Se oía a mar.

En la profunda serenidad del cielo, temblaban las primeras estrellas; era la hora del alesio. Sobrecogido de

admiración recorrí el horizonte; por babor el infinito mar y por la otra banda ya apenas se distinguía la costa. Llevábamos rumbo Norte.

Fugazmente pensé en el hogar, era también la hora de comida, los niños estarían preguntando posiblemente, la fecha de regreso del papá.

El frescor del aire me hizo caminar hacia toldilla; al socaire. De pronto, apareció la luna blanca y redonda, que comenzó a bañar con suavísima luz las combas del mar. En el grave silencio nocturno, en ese ambiente penumbroso y frío, algo suave latía, como un pulso misterioso, sólo interrumpido por los retumbos del oleaje del mar...

Recordé un pensamiento del Cardinal Newman, el iniciador del Movimiento de Oxford, uno de los más famosos conversos procedentes del anglicanismo; "La naturaleza no carece de alma, su obra cotidiana respira inteligencia, obedece órdenes que se le envían...".

La llamada a rancho me sacó de mi extensa contemplación; bajé a la cálida cámara. Me esperaban.

Días después fondeábamos en Mejillones. Había comenzado el arduo entrenamiento diario, desde la mañana al atardecer, ejercicios en la mar y recalada al mismo puerto. El fin de semana el régimen era diferente; paseo, asado en tierra o competencias deportivas.

Un viernes, cercano al 21 de mayo, se efectuó la ceremonia interna habitual de los ascensos de oficiales y de personal del buque. Coincidió también con el próximo matrimonio de uno de los oficiales a la recalada a Valparaíso. Así, se decidió festejar a bordo a los ascendidos y luego privadamente en la cámara de oficiales, efectuar la despedida de soltero al futuro esposo.

No recuerdo una celebración tan alegre y entretenida. El Jefe de Cámara dio inicio al ágape con el discurso formal de rigor, luego respondió el homenajeado. Posteriormente y en la medida que se iba entrando en calor, cual más cual menos, hasta los más tímidos, dieron sus discursos; expresivos, familiares, espontáneos y hasta poéticos.

Luego de un exquisito rancho y como consecuencia del buen resultado de los oradores e ideas expresadas, hubo una segunda vuelta de discursos apelativos con objeto de consolidar e imponer el concepto que se había presentado, principalmente en torno al amor.

Cada uno lo definió en su retórica personal característica, y en concreto se señaló; que amar es conocer, que amar es dialogar, que es compartir, que es acompañar y estar juntos, que es cuidar, que es darse, que es abnega-

ción, que es perdonar y que es también sufrir.

Todas estas definiciones fueron fundamentadas y también encarnadas en personajes novelescos como Calixto y Melibea, Dido y Eneas, Romeo y Julieta, Don Juan y Doña Inés. Se ensalzó el loco amor de Werther y otros históricos como de Marco Antonio y Cleopatra, los amantes de Teruel, no dejando pasar el oculto y noble amor de Johannes Brahms por Clara Schumann. No faltaron los cantos, poemas e inclinación por compositores musicales como Wagner con "Tristán e Isolda", Brahms, Schubert, Mozart y obras de piano de Beethoven, que reflejaban el verdadero amor.

Fue toda una representación de "El Banquete" de Platón, como si Sócrates y Alcibíades hubiesen asistido a aquella despedida, aun cuando no faltaron las definiciones un tanto prosaicas que mantuvo a los comensales alegres y desinhibidos. Aún así, algunos ya rendidos, no queriendo abandonar el lugar; dormían.

Se tomaron fotografías y hasta un oficial caricaturizó el festín.

Cuando se habló del Amor Patrio se pusieron marchas y se efectuó un desfile entre las mesas de la cámara con la asistencia de una "caballería montada", compuesta por jinetes y corceles que rindió honores a Afrodita y Ares, dioses del amor y de la guerra, respectivamente.

Se terminó con un ataque de caballerías divididas entre la de Escipión el Africano y la de Aníbal Barca.

Afuera, amanecía el sol en un cielo purísimo; por entre los resquicios de las bronceadas claraboyas de babor, vino a clavar sus rayos sobre los asientos desordenados de la cámara, desperdiciando a los que en ellos se encontraban.

Esas mismas claraboyas fueron abiertas para refrescar la caldeada cámara del humo de cigarrillos y el aliento de los trasnochados comensales.

Desayunamos con fruición aquella mañana y nadie faltó a la competencia de

natación que se realizó en medio de la bahía; participaron todos los buques de la Escuadra. Se trataba de nadar doscientos metros desde el buque a un lanchón dispuesto a tal distancia. Jueces de la Insignia controlaban el desarrollo del evento. La Unidad que aportaba el mayor número de gente, en proporción a su tripulación, se coronaba campeón. El buque ganó la prueba.

Como resultado de tal esfuerzo y debido a un fuerte dolor en el pecho, decidí regalar los cartones de cigarrillo que tenía guardados en mi ropero del camarote. Cada Subteniente fumador, recibió un cartón. Aquel vicio me había perjudicado sin duda los bronquios; era la causa del malestar que sentía. No sé si tal diagnóstico sería acertado, lo cierto fue que desde aquella madrugada, con mi voz enronquecida, dejé de fumar definitivamente por el resto de mi vida.

Días más tarde honrábamos la memoria de nuestro héroe máximo; Prat...

Es menester resaltar, que ninguna profesión tan grata como la carrera militar, noble en su ejercicio, pues la virtud primera del hombre es el valor, como la dulzura en la mujer, y noble en su causa, porque no hay utilidad más justa que la defensa de la soberanía y grandeza del país.

Tener la compañía de nobles jóvenes, desprendidos, activos, generosos; la libertad de esas conversaciones de arte sin ambages, con respeto; la manera de vivir, varonil, sin ceremonias ni de sonrisas cortesanías, la variedad de mil acciones diversas entre otras; la inigua-

lable conducción de hombres... la hacen incomparable a cualquier otra profesión.

Desfilamos al compás de la música guerrera, regocijo para el oído y aliento para el alma. La dicha de servir a la Patria nos enorgullecía.

Tuve el honor de pronunciar la alocución patriótica de rigor correspondiente a ese ciento primer aniversario del Combate Naval de Iquique.

- *Rumbo al Meridión.*

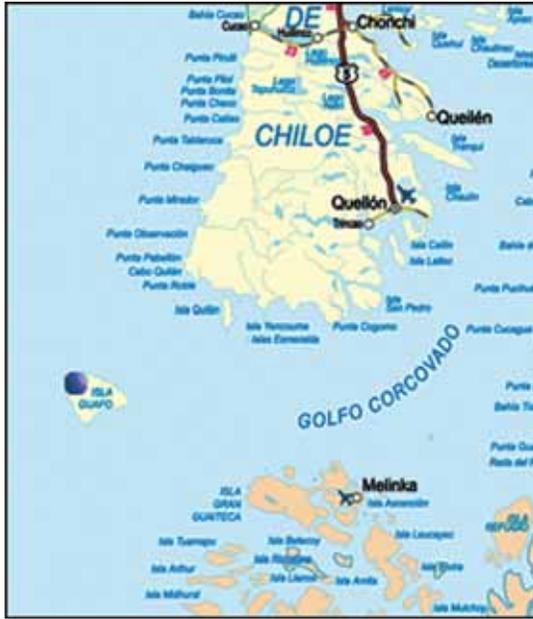
Navegar al sur es bastante arduo, muy distinto que hacerlo hacia el norte del país.

Estábamos a la cuadra de Huafo y Guablín, el crucero hundía su proa entre las agitadas olas del mar, las que se deshacían formando una fuerte lluvia salobre que alcanzaba el puente de mando y remecía violentamente la nave. Era muy difícil conciliar el sueño y mantenerse estable en la litera.

La vibración de las hélices al salir del agua sin tener

resistencia, aceleraban también su ruido, semejando un fuerte bullir de gentes, rumores de surtidores, enjambres de abejas o melodía de instrumentos musicales desacompañados mezclados con el agudo silbido del viento.

Imperaba el frío, la situación invitaba a pasar una ronda nocturna, atraído por el calorillo de la máquina. Allí el ambiente era confortable, se vigilaban los manómetros, se controlaban los termómetros y se tomaba café. El mejor control de la temperatura de los descansos era el tacto con la mano; los sentidos



humanos no fallaban nunca. Por el oído, era posible percibir el cambio de velocidad de la turbina cuando la popa se elevaba. El tacómetro lo corroboraba.

La temperatura del agua de mar era lo suficientemente baja; para no poner en servicio la bomba "circuladora". El vapor ya trabajado en las turbinas, cambiaba su fase de vapor a estado líquido rápidamente, lográndose 29 pulgadas de mercurio de vacío en los condensadores.

El achique, debía efectuarse cada dos horas, de manera de llegar con las sentinas secas antes de entrar a los canales. Existían filtraciones de agua y vapor por doquier.

En ese ambiente caluroso y húmedo, lleno de un salobre vientecillo insuflado por los ventiladores; las órdenes se efectuaban por medio de gestos.

La voz humana no tenía la potencia necesaria para imponerse al ruido.

Para llamar la atención se usaba un pito o el simple chiflido. De Subteniente aprendí a hacerlo dentro de los salones de caldera y de máquinas, en los antiguos cruceros tipo Brooklyn. La difícil comunicación dejaba el camino libre a la meditación, al estudio o la buena lectura, pero siempre con los sentidos atentos a la más ligera perturbación.

Horas más tarde, se cambió el rumbo y se bajó el andar. Subí al puente, el viento amainaba y por ende la mar tomó un ritmo acompasado; de fondo.

Frente a nosotros se erguía imponente la costa, llevábamos rumbo este y no se visualizaba el lugar a donde nos dirigíamos. En la medida que nos acercábamos los peñascos se mostraban más altos y compactos, configuraban como decenas de catedrales unidas entre sí. Era la explosión del Gótico, la del siglo XII; la técnica del alto relieve, la creación más imperecedera que el Medioevo legó a Occidente; el sueño del abad Suger compartido con Pedro Abelardo y Bernardo de Claraval; se mostraban en todo su esplendor.

Estábamos a una o dos millas de distancia, se podía distinguir en cada granítica aguja, gárgolas blancas que las adornaban. Al encontrarnos más cerca, nos vinieron a recibir, eran aves marinas, gaviotas y alcatraces que nos escoltaron en nuestro navegar.

Cuando el choque se veía inminente, se produjo un nuevo cambio de rumbo y las puertas principales de la gran catedral se abrieron generosas a nuestro paso, apareciendo el Canal Trinidad; amplio, majestuoso, hermoso.

El pensamiento quedó fijo, quieto, embelesado ante tal magnificencia, como la aguja del imán cuando halla su norte, todo el ser arrebatado y suspenso; entrábamos al interior de estos templos sagrados, cual novio camino al altar, que meses atrás despidiéramos, jubilosos.

Limpio el cielo, luminoso el aire, encendido el sol, con esa transparencia de la atmósfera después de días de copiosa lluvia; se empezaban a asomar los canales patagónicos...

Días más tarde, cumpliendo la comisión a la cual se nos había enviado, como unidad naval independiente, cuando aún no apuntaba el sol; fondeamos en Isla Hoste. Por el Norte la isla limita con el canal Beagle, su península Hardy se interna en el Mar de Drake por el Sur, donde se forma el Falso Cabo de Hornos y al Este se aprecian las islas Wollaston en Bahía Nassau. Por su belleza natural forma parte del Parque Nacional Alberto de Agostini.

Creó Dios los ojos bajo la contemplativa frente en sitio elevado de nuestra estructura, para que fuesen los espejos de la naturaleza. Allí se retrata la espléndida variedad de lo creado; el diáfano cielo azulado, el profundo y misterioso mar, las blancas cumbres nevadas de los montes lejanos...

¡Qué gran tristeza la de los ojos que miran y no saben ver!

Razón tenía Chesterton al expresar que: "La mediocridad posiblemente con-

siste en estar delante de la grandeza y no darse cuenta”.

Sí, había que bajar a tierra y recorrerla, aunque fuesen por unas pocas horas.

Se autorizó el desembarco, el oficial artillero portó un fusil automático M-16 y todos muy arropados, con galletas, chocolates y golosinas, dando pueriles saltos, pisamos tierra. Estábamos en la isla más austral de América.

La naturaleza obraba en nuestros órganos como una fuerza inmediata y exaltadora, palpaba en mi carne la dulzura profunda de la vida, la pasión de la luz, de los colores, de las caprichosas formas, de los sabores, sonidos y también perfumes y... todos los deleites de la sensibilidad.

Esta preponderancia de la vida física además de la satisfacción de los sentidos era a la vez defensa contra toda inquietud espiritual o escatológica, al percibir la belleza y el bien, me sentía plenamente libre, pero nunca emancipado; mi alma estaba llena de una inmensa gratitud y dependencia al Creador.

Comprendí que cuando la voluntad va tras un falso bien; se cae en la esclavitud. Vivía, contemplaba, henchía mis pulmones con el puro y frío aire patagónico.

Nadie diría que en esa mañana tan apacible, húmeda y luminosa, en tan feliz paraíso colmado con todas las delicias de la naturaleza tuviera un trágico fin.

Luego de mucho caminar, por un valle extenso de tierra húmeda desde donde resplandecían a la luz del claro día las nieves eternas de los montes lejanos, nos detuvimos al costado de un arroyo que como espejo destacaba entre la vegetación. Nos acostamos a beber de su cristalina y purísima agua, que calmó la sed que nos invadía; era su sabor inigualable, producto del dulce morir de la nieve derretida en los brazos del sol.

En mi interior evoqué el segundo movimiento “A orillas del arroyo” de la Pastoral de Beethoven...

Nos empeñamos en subir a un collado cercano, para observar desde la altura el conjunto de raleados bosquecillos y la vista del crucero fondeado en la bahía. La isla cuajada de múltiples colores, distribuidos en el conjunto natural ofrecía un panorama hermoso.

De pronto el oficial artillero sin pronunciar palabra apuntó su mortífero fusil y descargó un disparo que retumbó agudo en nuestros oídos, quebrantando la tranquilidad del espacioso entorno. Sólo allí nos dimos cuenta; el certero proyectil había dado de lleno en la cabeza de un ave marina parecida a un cisne, pero de cuello corto. Corrimos presurosos a su encuentro, con la pueril alegría de haberle arrebatado tan magnífica pieza de caza a la naturaleza. Alguien entendido afirmó que se trataba de una caranca macho. Su plumaje era muy blanco y de patas amarillas, desde las cuales lo levanté para calcular su peso, probablemente de unos tres a cuatro kilos. Bastante grande...

¡Un rico pavo al horno! -pensé-, ¡que trabajo le esperaba al cocinero a bordo! Alcanzaría fácilmente para toda la cámara. Pero las miradas no eran de mucha alegría, ni siquiera de satisfacción, pues bajo el cuerpo del ánade asomaron tres huevos del tamaño de un puño. El desconsuelo nos invadió.



Caranca macho.



Caranca hembra.

La hermosa ave marina estaba empujando y los huevos quizás ya estarían prontos a eclosionar; estaban tibios en el pasto frío y húmedo de la llanura.

El daño ya estaba hecho. Allí quedaron los tibios huevos del ganso salvaje; no nos atrevimos a llevarlos.

Calladamente, sin mediar palabra, emprendimos el regreso. Cada cual encerrado en sus pensamientos... teníamos un sentimiento de culpa y de vergüenza, que no queríamos revelar. Nos sentíamos observados... pero seguimos nuestro caminar.

Se ponía el sol de la tarde, pálido y tibio. Al dirigir la mirada para verlo declinar, se interpuso a través de él, la silueta de otra ave marina pero de otro plumaje y un tanto más pequeña. Su colorido era plomizo claro, quizás de plumas blancas y grises, jaspeado, su cola resaltaba por sus blancas plumas. Se acercaba, sin temor. Llamé la atención de los caminantes.

¡Es la hembra! Alzó la voz, el experto en ornitología.

Sí, lo había pensado, pero no había querido decirlo. Posiblemente había ya perdido algo de mi aplomo.

Mientras avanzábamos, la caranca hembra más se acercaba, adelantándose a nosotros y posándose en cada roca o promontorio del camino... Era increíble.

¡Son aves que se aparean de por vida! Volvió a hablar el entendido.

A medida que nos aproximábamos al encuentro con la embarcación, que ya nos esperaba en el improvisado muelle, más se acentuaba la sensación de vergüenza y culpabilidad. Quise traspasar el cuerpo muerto del macho, como para aliviarme de esa cuota de responsabilidad, que mucho pesaba. No; tenía que afrontarla y demostrar que nada me afectaba. Éramos marinos de guerra, soldados del mar, que habíamos ido a cazar a la Isla Hoste, la más austral de América y habíamos logrado obtener este azulón que lo comeríamos a bordo.

Al subir al bote, busqué la caranca hembra pero no la vi, eso alivió mis escrúpulos y tranquilizó.

Pusimos rumbo al buque, pronto estaríamos entrando en calor y comen-

taríamos con el resto de los oficiales esta nueva aventura.

Subimos a bordo, al pasar el portallón y mirar hacia toldilla para saludar el pabellón; le vi.

Estaba posada en la jarcia de popa, en un esperanzado regreso de su pareja.

No dudé un segundo y me dirigí a la cocina y entregué al cocinero el ya pesado animalito. Nada especial le indiqué, él sabría cómo prepararlo.

Luego de ponerme una ropa más liviana y prepararme para compartir la experiencia recién vivida, pasé a la cámara pero estaba vacía. Entonces tomé el libro inconcluso que leía, pero no lograba concentrarme pese a repetir y releer cada párrafo. Pensamientos, emociones intensas hervían dentro de mí.

Era la hora de las pláticas interiores.

En el interior de todo hombre, suele haber a la par, en potencia cuando no en acción un caballero y un patán, es la lucha del héroe con el dragón, el choque de las tinieblas y la luz. En el hombre muelle y cobarde no terminan nunca de prevalecer ni el caballero ni el rufián, es decir, no son ni uno ni otro, son juntamente los dos. No; era menester definirse, tomar el rumbo adecuado, darle un sentido a la vida. Luchar...

Decidí entonces subir a cubierta, continuar mi coloquio interior en toldilla, en mi acostumbrado paseo...

¡No podía creerlo! ¡Aún esperaba! Cual granítica gárgola solitaria y triste, plasmada por el más hábil escultor, el cauquén marino, aún creía en el regreso de su fenecido amante.

La hermosura y templanza de la noche, la serenidad del mar, el sosiego de todas las cosas, lejos de apaciguar el espíritu me colmaban de angustia y estupor.

Me acerqué y la contemplé larga y fijamente, y en mi pensamiento surgieron palabras, que en un desconocido lenguaje le envié:

¡Oh caranca marina, nunca el hastío asomó a tu nido; el hábito que formó tu

perenne unión, no gastó la savia ni la ilusión de tus primeros amores!

¡Creímos ver en tu amado un ave solitaria y sin prole!

¡Como quisiera suplir en tu vida el cariño que te arrebatamos!

¡Vete ya y cobija a tus polluelos, bajo el amparo de tus tibias alas...!

Rara vez había salido un poema del corazón a un ave marina, pero sentí la necesidad invencible de exteriorizar los sentimientos, sembrando de rimas el recuerdo de tan noble y leal unión.

El ánade emprendió el vuelo...se había conformado todo un ejemplo, todo un paradigma...

El amor que en el hombre suele perder todos sus encantos al tornarse en costumbre dentro del prosaísmo de

la vida conyugal, no parecía haber perdido en estas aves marinas ni un ápice de frescura y novedad...

Sí, en la realidad de las cosas visibles, también está presente la realidad de la invisible mano de Dios.

Es preciso que el Amor de esa Belleza Inteligible descienda de la altura y abrace a las criaturas de carne y hueso para perfeccionar el mundo...

Miré el mar, ahora más hondo y misterioso, busqué en las cosas exteriores algo que me aplacase y compusiese, que diera un poco de luz y de concierto al caos de mis fantasmas interiores.

Entonces miré hacia la altura; la noche languidecía, claros de luna entre nubes cirrus de bordes blancos, como plumas de cisne y tules nupciales, flotaban en el cielo oscuro...

Bajé a la cámara. Me esperaban.

* * *

